

TUNELES

4



L'AL
LIMITE

Roderick Gordon - Brian Hill

En el centro del planeta, en un mundo del que nadie conoce su existencia, acorralado por los styx, Will sabe que está más en peligro que nunca.

Mientras tanto, en la superficie, su amigo Drake se prepara para luchar contra los styx con la ayuda de unos inesperados aliados. ¿Los llevará este plan temerario más cerca de la victoria... o a una muerte certera?

Nota del editor inglés

¡Adoro este mundo subterráneo! Pero ¿la verdad se encuentra ahora más cerca, o más lejos? Esto es genial. Y me muero de ganas de ver la película de *Túneles*, ¿tú no?

Barry Cunningham,
editor

Danzamos en corro y creemos saber,
pero el Secreto está ahí en medio, y sabe.

Robert Frost, «El Secreto está», 1942

Nunca me has visto,
no lo esperabas, ya me entiendes.
Simplemente no te puedes explicar.
No te puedes explicar
ni yo puedo explicar este dolor.

Maniobras orquestales en la oscuridad, «Traiciono a mis amigos»

Am Tag aller Summierung, tragen Sie Ihren Körper vorwärts auf dem
Wrack Ihrer Tage. Für Sie seien nicht, was Sie waren, aber was Sie
anstrebten.^[1]

Libro de las catástrofes alemán, autor(es) desconocido(s), siglo XVII

PRIMERA PARTE

Revelaciones

1



Olas de fuego, rojo en el blanco. El pelo se quema, la piel se encoje. Un impetuoso vendaval lanza su alarido y en ese instante desaparece todo el oxígeno del lugar. A continuación, el agua estalla con la zambullida en la charca de Rebecca Dos, que arrastra a su hermana tras ella. Aturdido, apenas consciente, el cuerpo de Rebecca Uno está lacio como una muñeca de trapo. Ni siquiera el agua helada consigue despertarla.

Se sumergen bajo la superficie, por debajo del intenso calor.

Rebecca Dos le pone a su hermana la mano en la boca y la nariz, intentando tapanlas. A continuación hace un esfuerzo por pensar. «Sesenta segundos es lo máximo que podré aguantar —se dice cuando empiezan a dolerle los pulmones—. ¿Y ahora qué?»

Observa el furioso infierno que se agita por encima de su cabeza, las olas de rojo carmesí refractadas en las olas de agua. Prendida por las cargas de Elliott, la reseca vegetación resulta engullida por una tormenta de fuego y termi-

na obstruyendo la superficie de la charca con espesas cenizas de color negro. Y para empeorar aún más las cosas, Elliott, esa cerda mestiza, está allí, vigilando y aguardando, dispuesta a matarlas en el instante en que se dejen ver. ¿Cómo lo sabe Rebecca Dos? Pues porque eso es lo que haría ella en su lugar.

No, no pueden volver a subir. No, si quieren contarlo.

Hurga en el bolsillo de la camisa y saca de él una esfera luminosa de repuesto. Pierde en ello varios segundos, pero es completamente necesario ver por dónde va.

Tiene que decidirse pronto... Ya..., antes de que no sea posible decidir nada.

A falta de otra posibilidad mejor, decide hundirse más, arrastrando a su hermana bajo aquella luz turbia. Comprueba que Rebecca Uno está sangrando por la herida que tiene en el estómago: el rastro de sangre dibuja tras ella remolinos de cinta roja.

«Cincuenta segundos».

Se marea: es el primer efecto de la falta de aire.

Entre el tumulto de burbujas y la presión del agua en los oídos, Rebecca Dos oye los gritos de su hermana. La falta de aire ha logrado despertar a la muchacha, que pronuncia palabras confusas, aterrorizadas. Forcejea débilmente, pero Rebecca Dos le clava los dedos en el brazo, y entonces la hermana parece comprender y vuelve a relajar el cuerpo, permitiendo que la transporte por el agua.

«Cuarenta segundos».

Resistiéndose al impulso de abrir la boca para respirar, Rebecca Dos sigue hundiéndose en el agua. El halo de luz proyectado por la esfera luminosa muestra una superficie vertical cubierta de algas. Un banco de peces diminutos avanza como dardos disparados a la vez. Sus escamas, de un azul metálico, brillan a la luz de la esfera con infinidad de colores.

«Treinta segundos».

Entonces Rebecca Dos ve una abertura escondida en la penumbra. En el momento en que mueve las piernas para impulsar hacia ella su propio cuerpo y el de su hermana, su mente retrocede a otra época de su vida: a las clases de natación que había tomado en Highfield.

«Veinte segundos».

Ve que se trata de un canal. «Hay una posibilidad —se atreve a pensar, concibiendo esperanzas—. Una posibilidad remota». El pecho le arde. No podrá aguantar mucho más, pero sigue nadando, penetrando en el canal, observando a su alrededor al tiempo que avanza.

Diez segundos.

Está desorientada. Ya no sabe a ciencia cierta dónde es arriba ni dónde es abajo. Entonces ve el reflejo: unos metros más allá, una especie de espejo devuelve una imagen insegura y temblorosa. Con las fuerzas que aún le quedan, empuja hacia allá su cuerpo y el de su hermana.

Las cabezas de las hermanas atraviesan la superficie del agua y penetran en la bolsa de aire encerrada en la parte superior del canal.

Rebecca Dos infla sus convulsos pulmones, que agradecen que no se trate de metano ni de un compuesto de ningún otro gas dañino. En cuanto sus toses y jadeos empiezan a ceder, se vuelve para ver cómo se encuentra su hermana. La cabeza de la muchacha herida está fuera del agua, pero cuelga hacia delante, inanimada.

—¡Vamos, despierta! —le grita Rebecca Dos, agitándola.

Nada.

Entonces desliza los brazos en torno a las costillas de la muchacha y aprieta varias veces con fuerza.

Nada todavía.

Le pellizca la nariz para taponársela y le aplica el beso de la vida.

—¡Eso es, respira! —le grita Rebecca Dos, y su voz retumba en el espacio cerrado, al tiempo que su hermana

emite un leve gorjeo y vomita agua. Entonces llena de aire los pulmones, pero eso le hace atragantarse nuevamente y, presa de pánico, empieza a retorcerse.

—Calma, calma... —le dice Rebecca Dos—. Ya ha pasado todo.

Al cabo de un rato, Rebecca Uno se calma y su respiración, aunque superficial, se va volviendo regular. Se agarra el estómago, bajo el agua: es evidente que la herida le duele terriblemente. El rostro se le ha quedado blanco como el de un cadáver.

—¿No te irás a desmayar otra vez? —pregunta Rebecca Dos mirándola con preocupación.

Rebecca Uno no responde. Las dos muchachas se miran la una a la otra, sabiéndose a salvo, al menos de momento. Comprendiendo que han sobrevivido.

—Voy a echar un vistazo —dice Rebecca Dos.

Rebecca Uno mira sin ver. Entonces hace un enorme esfuerzo para hablar, pero sólo consigue formar una pe con los labios.

—¿Por qué...? —completa Rebecca Dos, articulando las palabras que intenta pronunciar su hermana—. Mira encima de ti —dice, haciendo que se fije en aquello a lo que se había agarrado de manera instintiva: son varios cables del grosor de una culebra, que están fijados al techo del canal: viejos cables eléctricos enrollados unos con otros, con el revestimiento desprendido, y el interior visible pero recubierto de una viscosidad herrumbrosa—. Nos encontramos en una especie de excavación. Podría haber otra salida.

Rebecca Uno asiente exhausta y cierra los ojos, aferrándose débilmente a su conciencia recién recobrada.

2



Tras pasar más de dos días sobre las aguas del río subterráneo, Chester enfiló la lancha hacia el largo muelle.

—¡Usa la luz! ¡A ver qué hay ahí! —le gritó a Martha por encima del ruido del motor.

Martha levantó la esfera luminosa, dirigiendo su luz a las oscuras estructuras de la parte de detrás del muelle. Al ralentizar la marcha y arrimar la lancha a la orilla, Chester vislumbró los edificios y la grúa. Desde luego, aquel puerto era mucho más grande que ninguno de los que habían encontrado a lo largo de la ruta, en los que habían parado para repostar y descansar un par de horas. A Chester le dio un vuelco el corazón al pensar que podían haber llegado al final del viaje.

La lancha golpeó de lado contra el muro, y Chester apagó el motor. Martha se agarró a uno de los bolardos y ató la amarra a él. A continuación volvió a enfocar la luz, y Chester descubrió un arco grande que se destacaba en la pintura blanca. Recordó que Will le había dicho que había

una entrada al muelle tapiada, una entrada lo bastante grande para que pasara un camión. Tenía que ser aquélla.

Aunque estaba empapado y aterido de frío, lo embargó una alegría sin límites.

«¡Lo he conseguido! ¡Lo he conseguido, hostia!», gritó para sus adentros mientras salían de la barca a tierra firme, pero no pronunció una palabra.

«¡He vuelto a la Superficie!»

Pero pese al hecho de estar ya prácticamente en casa, su situación distaba de ser el paraíso.

Miró a Martha y la vio avanzar pesadamente por el muelle, con andares de pato. Aquella mujer rechoncha, envuelta en varias capas de ropa sucísima, lanzaba gruñidos como un jabalí a punto de atacar. Eso no era nada nuevo (su comportamiento resultaba siempre bastante imprevisible), pero en aquel momento ella giró bruscamente la cabeza hacia la oscuridad y lanzó una maldición, como si hubiera visto a alguien allí. Sólo que no había nadie.

Chester lamentó que Will no estuviera con él. Will o cualquiera de los demás. Pero la suerte había querido que se quedara con aquella mujer. Martha volvió a gruñir, esta vez aún más fuerte, y a continuación bostezó, abriendo tanto la boca que Chester pudo verle las sucias muelas. Comprendía que tenía que estar agotada del viaje, y también que la fuerza de la gravedad en su intensidad normal no hacía sino agravar las cosas. Incluso él sentía que algo tiraba hacia abajo de su cuerpo, así que era lógico que resultara mucho peor en el caso de Martha, que llevaba años sin experimentar nada parecido.

Y también comprendía lo extraño que aquel momento tenía que resultarle:

Criada en la Colonia, Martha no había pisado nunca la superficie de la Tierra, y estaba a punto de ver el sol por vez primera en toda su vida. Desde luego, su vida no había sido un lecho de rosas: ella y su marido habían sido desterrados por los styx a las Profundidades, a ocho mil metros

por debajo de la Colonia. Allí se habían convertido en parte de la errante y descontrolada tropa de los renegados, que era tan fácil que se mataran unos a otros como que sucumbieran a los peligros de aquella tierra oscura. Por increíble que pareciera, estando en las Profundidades ella había dado a luz a un niño, Nathaniel; en tanto que su marido había intentado matarlos a ambos arrojándolos por el borde del Poro.

Aunque habían sobrevivido a la caída, Nathaniel había muerto años después a causa de unas fiebres, tras lo cual Martha había tenido que arreglárselas sola. Durante más de dos años, había vivido totalmente apartada de cualquier otro ser humano. Parapetándose en una vieja cabaña, había sobrevivido tendiendo trampas para alimentarse de las extrañas criaturas que abundaban por allí.

Cuando Will, Chester y Elliott, que estaba malherida, llegaron a aquel lugar, ella no tardó nada en encariñarse de los chicos, como si fueran sustitutos del hijo amado y perdido. De hecho, aquel cariño resultó tan fuerte que había preferido que muriera Elliott antes de poner en riesgo a los chicos: les había ocultado el hecho de que existía un surtido de modernas medicinas en un submarino que había resultado succionado por otro de los poros. Pero cuando Will descubrió la verdad, ella se hizo perdonar llevándolos allí a él y a Chester, y salvando de ese modo la vida de Elliott. Y los muchachos habían terminado perdonándole el engaño.

Pero aquello ya quedaba atrás. Y ahora Chester no tenía ni la más leve idea de qué iba a hacer a continuación. En la Superficie tendría que cargar con Martha, además de con la eterna amenaza de los styx, que lo perseguirían dondequiera que se dirigiera. No tenía adónde ir y no tenía a nadie que le pudiera ayudar, salvo Drake. Drake era su única esperanza, su único salvavidas.

«¡Por favor, Drake, por favor, aparece por aquí!», exclamaba Chester para sus adentros mientras caminaba por las oscuras suciedades del muelle, deseando que su amigo se

materializara allí mismo. Chester sintió impulsos de ponerse a gritar su nombre, pero no lo hizo, porque sin duda Martha se lo tomaría mal si se enteraba de que había tratado de contactar con él. Sabía lo posesiva y sobreprotectora que era ella, y lo último que le apetecía en aquellos momentos era ver que empezaba uno de sus duraderos enfados. Además, no tenía modo de saber si Drake habría recibido el mensaje que había dejado para él en el servidor telefónico. Ni siquiera sabía si seguiría con vida.

Sin hablar en ningún momento, Chester y Martha siguieron las instrucciones que les había dado Will y sacaron la lancha del agua. Estaban tan poco habituados a la fuerza normal de la gravedad que enseguida se encontraron sin aliento de puro agotados. No obstante, entre gruñidos y maldiciones de Martha, consiguieron arrastrar la lancha hasta uno de los edificios vacíos, donde la dejaron bien asentada.

Inclinado con las manos en las rodillas para recobrar las fuerzas, Chester comprendió que lo único que deseaba era ir a Londres para volver a ver a sus padres. No importaban los riesgos que tuviera que correr. Tal vez ellos pudieran arreglar aquel terrible embrollo. Tal vez pudieran esconderlo en alguna parte. No le importaba: el caso es que tenía que verlos para decirles que se encontraba bien.



Rebecca Dos regresó nadando velozmente. Sintió alivio al comprobar que su hermana seguía con los dedos aferrados a los cables eléctricos. Rebecca Uno había logrado mantenerse sobre la superficie del agua, pero las fuerzas la abandonaban. Apoyaba la cabeza sobre el brazo levantado, con los ojos firmemente cerrados. A Rebecca Dos le costó varios segundos despertarla. Era completamente ne-

cesario llegar a algún lugar seco y caliente antes de que se derrumbara del todo.

—Inhala todo el aire que puedas. Te voy a sacar de aquí —le dijo Rebecca Dos—. Ahí arriba hay un sitio.

—¿Qué sitio? —farfulló lánguidamente Rebecca Uno.

—He seguido una vía estrecha por el fondo del túnel —respondió Rebecca Dos mirando un instante al agua, que les llegaba a ambas justo por debajo de la barbilla—. Llegué a una sección que no está inundada. Es más grande que esta bolsa de ai...

—Vamos —interrumpió Rebecca Uno. Respiró hondo y se soltó de los cables que tenía encima de la cabeza.

Rebecca Dos llevó a su hermana a remolque hasta que llegaron al lugar que acababa de mencionarle. Colocada boca arriba, Rebecca Uno se dejaba llevar, y Rebecca Dos tiraba de ella como un socorrista.

Antes de que transcurriera mucho tiempo, llegaron a una parte menos profunda, en la que se hacía pie y por tanto se podía caminar, aunque Rebecca Dos se veía obligada a ayudar en cada paso a su hermana. Avanzaron entre tropezos y salpicaduras hasta llegar por fin a tierra seca.

Rebecca Dos vio que las vías proseguían túnel arriba, pero por muchas ganas que tuviera de averiguar adónde llevaban, antes que nada tenía que atender a su hermana. La tumbó en el suelo y a continuación, con mucho cuidado, le quitó la camisa para examinar la herida. Tenía un pequeño orificio a un lado del estómago, justo por encima de la cadera. Aunque la herida no parecía tan seria a primera vista, manaba de ella un alarmante flujo de sangre que teñía el empapado vientre de la muchacha con una transparente película roja.

—¿Qué tal pinta tiene? —preguntó Rebecca Uno.

—Te voy a colocar de lado —le advirtió Rebecca Dos, y a continuación levantó con cuidado a su hermana para examinarle la espalda—. Justo lo que me imaginaba —dijo en

voz muy baja al encontrar el orificio por el que había salido la bala.

—¿Qué tal pinta tiene? —repitió Rebecca Uno apretando los dientes—. Dímelo.

—Podría ser peor. La mala noticia es que estás perdiendo un montón de sangre. La buena es que la bala penetró al lado del estómago, por la parte carnosa...

—¿Qué quieres decir con eso de «parte carnosa»? ¿Me estás llamando gorda? —refunfuñó Rebecca Uno, indignada pese a la debilidad en que se encontraba.

—Siempre has sido una vanidosa, ¿verdad? Déjame terminar —dijo Rebecca Dos, volviendo a colocar a su hermana boca arriba—. La bala te ha atravesado de un lado a otro, así que al menos no tendré que sacártela. Pero tengo que contener la hemorragia. Y ya sabes lo que eso significa...

—Sí —murmuró Rebecca Uno. De repente se puso como loca de la ira, y al cerrar los puños se clavó las uñas de los delgados dedos: ¡No me puedo creer que ese alfeñique me hiciera esto! ¡Me ha disparado! ¡Will me ha disparado! —dijo echando chispas—. ¿Cómo ha podido atreverse?

—Tranquilízate —dijo Rebecca Dos quitándose la camisa. Mordió con los dientes en el dobladillo hasta que pudo rasgar una tira de tela. Después rasgó varias más.

Rebecca Uno seguía despotricando:

—Su mayor equivocación ha sido no acabar conmigo. Tendría que haber terminado la tarea mientras tenía la posibilidad de hacerlo, porque ahora iré por él. Y me voy a asegurar de que sufre este mismo dolor, pero un millón de veces más fuerte.

—No te quepa la menor duda —dijo Rebecca Dos, mostrándose conforme, mientras ataba dos de las tiras y doblaba el resto para formar compresas.

—A ese pequeño cerdo le haré sangrar y lo mutilaré, pero muy despacio..., muy despacio, durante días... No,